

ALBUM PINTORESCO.



MADAMA DE GRIGNAN.

Mad. de Sevigné llegaba apenas á sus veinte y cinco años cuando perdió á su marido en un duelo, y quedó con un hijo y una hija, la que debia

Junio 19 de 1853.

llamarse en cierto dia madama de Grignan.

Madama de Sevigné educó á su hija del mismo modo que ella lo habia sido, inspirándola sentimientos religiosos junto con un gran deseo de saber, profunda adhesion á sus deberes, añadiendo cierto respeto á los

privilegios de su alcurnia; pero de manera alguna podia comunicarla ese amable abandono, esa gracia enteramente femenil, esa viveza de penetracion que Mad. de Sevigné unia á su profundo juicio; desconsolábase esta al notar la glacial frialdad de su hija, y apenas se atrevia á lamentar-

la en alta voz. Esta frialdad de madama Grignan, grabada en su correspondencia, debia formar notable contraste al lado de la expresion de sentimientos de su madre.

Lo poco que nos queda de madama Grignan, nos basta para formar un exacto juicio, asi de su carácter como de sus ideas; el sutil raciocinio y las abstracciones de la metafísica agradaban mas á su carácter serio que las obras de imaginacion. Compuso un resumen del sistema de Fenelon, acerca del amor de Dios, el cual muchos editores han unido á las cartas de Sevigné.

Despues de haber brillado en la corte de Luis XIV, y de haber sido varias veces cantada por Benserade, se casó muy jóven con Mr. de Grignan, separándose de su madre al cabo de poco tiempo para acompañar á su esposo á Provenza, donde tenia el mando de lugarteniente general en ausencia de Mr. de Vandoma; desde entonces madre é hija solo se reunieron momentáneamente.

El pesar que recibió Mad. de Grignan por la muerte de su hijo, brigadier de las armas reales y embajador de Francia en la corte de Lorena, la condujo al sepulcro á la edad de 57 años. Tuvo dos hijas, y una de ellas fué con el tiempo la célebre marquesa de Simiane.

EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

—Convengo en ello, señora; aquella fué mi única visita á lady Southwel; ahora ya sabeis el motivo. Si, habia resuelto vengarme y pagar al comodoro su injuria con otra injuria. No negaré, señora, que he hecho mal en descargar sobre vos el peso de estas represalias; pero mi corazón formaba ya el proyecto de reparar tanto mal; sí, yo me decia que el hombre que habia sido bastante desgraciado para perderos podia acaso algun dia rehabilitaros.

—¿Rehabilitarme vos?

—¿Por qué no? Llega siempre un momento en que el hombre puede reparar todas sus faltas; Dios nos deja conocer ese instante, continuó el doctor con aire de compuncion hipócrita, y conozco que ha llegado para mí. El nombre de Dionisio con que era conocido en Lóndres era solo un nombre supuesto, una capa que podia cubrir mis deudas; así pues, lo dejé desde el momento en que el comodoro lo habia infamado. Me embarqué para Francia al dia siguiente de mi visita nocturna en vuestra casa. Al llegar á Paris tomé mi verdadero nombre, el de Bernard, y traté de ejercer nuevamente la medicina, que habia abandonado en Lóndres. La proteccion de un ministro me estimuló pronto á emprender un traba-

jo árduo é importante: el de la diseccion de unos pantanos que se consideraba como imposible. A la pasion del juego habia sucedido la del trabajo; habia olvidado ya á Lóndres, al comodoro y á vos misma, cuando de repente supe por los periódicos vuestro divorcio. Una esperanza estraña se apoderó entonces de mí: érais dueña de vuestra mano: ¿pero dónde podria hallarós? Lo único que sabia por cartas de algunos amigos era que no estabais ya en Lóndres. Entonces fué cuando me propusieron la direccion de los baños de Diepe, destino que acepté al punto, porque tenia cierto presentimiento de encontraros en aquella playa tan próxima á Inglaterra. Cuando volví á veros allí os presentásteis á mi imaginacion como un remordimiento. Bella, admirada, festejada, os acompañaba, sin embargo, una melancolia tan cruel que conocí al punto que lady Southwel se acordaba demasiado de mi injuria. Creí entonces conveniente guardar un rigoroso incógnito á vuestros ojos. El enjambre de adoradores que os rodeaba me alarmaba poco, así por su frivolidad, como por la ignorancia en que estaban de vuestra existencia pasada. El baron Rodolfo de Nanteuil fué el primero que me presentó en vuestra casa, logrando engañaros con mi silencio, y mas todavía, con el cambio de mi fisonomía. Una casualidad funesta condujo al comodoro á Diepe.... Ya sabeis lo demas, continuó el doctor bajando la voz, y con él esa donacion importante que os devolvía un rango, una fortuna... Delincuente ó no el bañero, Langlois ha sido encerrado en el Castillo Fuerte de Diepe de resultas de ese asesinato.

—Si, lo sé todo, murmuró madama de Nanteuil; pero tomo al cielo por testigo de que ese hombre estaba inocente. Conozco su corazón noble y leal. ¡Y es de ese hombre, señor, de quien os habeis atrevido á formar un pretesto para que el baron me abandone! ¡Y es ese hombre el que me habeis dado por amante! ¡Ah! Ya sabia yo que érais muy cruel; pero asesinar me dos veces en la opinion es una doble infamia.

El doctor guardó silencio un rato; no se oia entonces mas que el acompasado sonido del péndulo y el leve ruido de las cortinas que abrigaban los cajones de naranjos sobre la ventana. Mme. de Nanteuil se asomó, miró hácia el muelle y reprimió un ligero grito al percibir á un hombre acostado sobre la arena á pocos pasos de la ventana; la oscuridad de la noche no permitia descubrir mas que los botones de su chaqueta de marinerero.

—Algun piloto ó pescador de la costa... dijo negligentemente Bernard aproximándose á la baronesa; y cerrando la ventana añadió: el frio puede perjudicaros.

—¿Y es eso todo lo que teneis que decirme? replicó Mme. de Nanteuil. Vos mismo os confesais cómplice de dos crímenes, de dos divorcios; ¿qué os queda ya que hacer? añadió cru-

zándose de brazos y lanzando al doctor una mirada llena de dignidad y de desprecio.

—Os he dicho que vengo á salvaros. Despues de la fuga de vuestro marido, ¿qué os queda que hacer, señora? Reflexionadlo bien. Estais arruinada, arruinada, ¿lo entendeis?

—¿Y qué me importa, señor, replicó lady Southwel cediendo á todo el delirio de aquella crisis, qué me importa? ¿Debo existir siquiera para el mundo?

—No debeis arrastrar en él una vida cruel y funesta, señora; no habeis nacido para conocer la pobreza despues de haberos criado en medio del lujo. Las deudas del baron son enormes: un solo hombre, arrastrado del amor que os profesa, y tambien del odio que siente contra aquel, se ha constituido en su unico acreedor, pero acreedor implacable, y ese hombre soy yo.

—¡Vos! ¡Debia haberlo adivinado!

—Sí, yo, yo, que hace mucho tiempo miraba su felicidad y su vida con ojos envidiosos, yo, que atemorizándole con su ruina segura é inminente acabo de casarlo con otra...

—¿Con otra! ¡Y el baron Rodolfo ha consentido!

—Mañana estará ya en Lóndres en el palacio de lady Aminta Warwick, su esposa.

—¿Su esposa!

—Si, su esposa, dentro de dos meses; porque lady Warwick, ayudada de sus muchos protectores, obtendrá sin dificultad el divorcio.... y vos, señora, culpable á los ojos de todo el mundo, divorciada por dos veces, ¿qué hareis? Vos, á quien sir Roberto será el primero en despreciar cuando sepa lo que ha pasado...

—¡Ah! Sois el demonio.

—Soy vuestro salvador. La miseria se levanta como un espectro delante de vos, y yo os traigo el oro. Lady Southwel, aun podeis levantar la frente, sois rica...

—¿Rica?

—Con una condicion solamente.

—¿Cuál?

—La de casaros conmigo, señora... Esa donacion de sir Southwel...

—Esa... donacion... dijo Mad. de Nanteuil con voz balbuciente y levantándose llena de terror. ¿Y quién os ha entregado los papeles de esa donacion?

—El mismo sir Southwel antes de su muerte.

—¡Antes del asesinato! ¡Mentís!

—Digo la verdad, señora. Esa donacion me pertenece ya. Escoged: ó la miseria sin mí, ó la abundancia y el lujo conmigo.

—Decid mas bien la infamia y la vergüenza. ¡No os acerqueis á mí, porque teneis sangre en las manos!

—Este documento está estendido en regla, replicó Bernard con calma implacable, y Lóndres está cerca de Brighton. Yo me encargo, aunque tenga que arrostrar los mayores...

—No volvais á hablarme de semejante asunto, no me insulteis. ¡Huid! ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—Lo sereis, si desechais mis ofer-

tas. Ministros de justicia cercarán desde mañana esta casa, y la varita de un *constable* tocará esas blancas espaldas... Si quereis creerme, seguidme; os ocultaré en mi casa, en German-Spa, como á una de mis enfermas. Allí á lo menos estareis en seguridad.

—¡Seguiros! ¡Vivir con vos! ¡Con un asesino! ¡Jamás! Gracias al cielo, puedo hablar, puedo decir á los jueces...

—Cuidado con lo que haceis, lady Southwel, replicó el doctor cautelosamente, pues si os atreveis á acusarme, os prometo no quedarme atrás respecto á procedimientos. No olvidéis que vuestra vida me pertenece desde este momento. La noche es buena consejera, y os suplico que mediteis bien mis palabras. Sin nuestra union comun ninguno de los dos podrá aprovecharse de los frutos de esta donacion, pues ya veis que estamos remachados á la misma cadena. ¡Adios! Vuestro interés me responde de vuestra discrecion hasta el momento en que vuelva. Quiero aprovechar los pocos momentos que me quedan para ponerlos al abrigo de la invacion de los esbirros y demas gente de justicia. Pero ante todas cosas espero vuestra respuesta.

—Aquí la teneis, exclamó ella precipitándose hácia la ventana en el delirio de su desesperacion. ¡Antes la muerte que pertenecer á un asesino!...

Aterrado el doctor con la violencia de semejante trasporte, rechazó con una mano á la baronesa y se apoyó con la otra en el antepecho de la ventana. La oscuridad parecia haberse condensado mas, y una lluvia fina azotaba las casas del muelle.

—Ya me habeis oido, señora, replicó imperiosamente Bernard: os quedan todavía tres horas.

Poniéndose en seguida otra vez sus gafas azules y embozado en una gran capa, atravesó lentamente un largo corredor que comunicaba con los aposentos entonces desiertos del baron y de sir Roberto.

Dovorada por el dolor, Mad. de Nanteuil tuvo que apoyarse contra el mármol de la chimenea para no caer; un momento despues se oyó el estampido de una arma de fuego como á dos pasos de la casa.

Al mismo tiempo se vió á un hombre saltar por la ventana dentro del aposento de la baronesa.

VII.

—¡Langlois! exclamó lady Southwel con la espresion de la alegría y de la felicidad. En este grito iba tácitamente envuelto un voto de gracias al Ser Supremo.

—Si, Langlois, respondió el bañero arrojándose á los pies de Mad. de Nanteuil, á quien dirigió una mirada dulce y suplicante.

—¿Estais herido? preguntó vivamente Mad. de Nanteuil pensando en el pistoletazo que acababa de oír. Hablad, ¡oh! hablad, añadió poniendo sus manos trémulas sobre el tosco y empolvado chaqueton del bañero.

—Tranquilizaos, señora; no estoy herido, pude haberlo sido, y nada mas. El hombre que salió aceleradamente de vuestra casa despues del grito penetrante que disteis asomada á esa ventana, se aprovechó del momento en que, teniéndole yo por un ladron, quiso desembozarse para dirigir su arma contra mí; pero afortunadamente pude rechazar á tiempo esa arma, obligándole á dar dos pasos hácia atrás, y aunque trató de dispararme por segunda vez, quiso Dios que errara el tiro. Ignoro quien es ese malvado; pero lo sabré.

—¡Ese malvado es el doctor Bernard! ¡Oh! sí, un malvado..... replicó ella en el esceso de la desesperacion.

—¿Y queria asesinaros? ¿Dónde está vuestro marido?

Al oír Mad. de Nanteuil esta pregunta, irguió la cabeza con aire de altivez, y respondió:

—¡Mi marido, mi marido! Acaba de partir, Langlois, diciendo que erais mi amante.

—¿Yo, señora? ¡Ay! yo no soy mas que vuestro criado y esclavo...

—¡Mi amigo!... le interrumpió madama de Nanteuil, dándole á besar su mano.

—No puedo comprender todavía, prosiguió tristemente Langlois, por qué se ha marchado Mr. de Nanteuil, y comprendo mucho menos qué venia á hacer en vuestra casa el doctor Bernard.

—Porque vuestra alma noble y grande no puede comprender la infamia, Langlois; porque como sois honrado, ignorais las pasiones infames y los crímenes odiosos. El doctor Bernard no venia á asesinarme, Langlois, lo ha hecho ya dos veces por medio de la calumnia, que es su arma; venia á obligarme á que me casara con él dentro de un mes...

—¡Casaros con él! ¡Oh! Eso es imposible, es un delirio, replicó Langlois mirando fijamente á Mad. de Nanteuil. Vos, señora, no podeis casaros con ese hombre. En cuanto á su audacia, yo, yo solo me encargo de castigarla. Tendré los ojos bien abiertos y la mano lista.

—¿Pero ignorais, Langlois, que vais á comprometerme? ¿Ignorais que debo á ese infame todas mis desgracias? ¿No ha sido él quien ahoramismo ha hecho de la muger del baron de Nanteuil una muger acusada, vilipendiada y abandonada por su marido? ¿No ha sido él quien ha hecho creer esa fábula ridícula de una intriga con vos, vos á quien quiero, sin embargo, se apresuró á añadir la baronesa, como un amigo, como un hermano?...

—¿Y el baron ha podido creer?...

—Necesitaba un pretesto para justificar su fuga, y ha tomado el vuestro, cuando le bastaba el de sus deudas. Pero los hombres no son nunca viles y cobardes á medias.

—¿Con que estais ya sola y libre?... preguntó Langlois con el acento de la mas dulce esperanza. ¡Oh! ¡bendito seais, Dios mio, continuó, bendito seais, porque me habeis permitido llegar á tiempo!

—¿Qué quereis decir? preguntó Mad. de Nanteuil afectando una dignidad que estaba lejos de su corazón.

—Que puesto que os miro ya pobre, abandonada, me quedo... y que puesto que ese miserable doctor os amenaza, ya no parto.

—¿Con que quereis marcharos?

—¿Y qué iba á hacer aquí? El que ama y sufre necesita mudar de aires. ¿Por ventura no tiene un marinero to lo el mundo por suyo? Al veros todos los dias en los brazos del baron de Nanteuil, decia para mí: «Ella le ama: es feliz.» Una tarde, sin embargo, cuando os conducia en mi lancha os vi llorar y dije: «¿Me habré equivocado?» Y vos me mirábais como para decirme: «¡Langlois, qué feliz eres! El mar, las plantas, las flores de la costa, todo es tuyo; tu vida es activa; remas y cantas por la noche cuando las estrellas brillan en el cielo, y yo carezco de aire y de libertad, amigo mio.» Pues bien, la ausencia de vuestro marido os devuelve ese aire y esa libertad. En cuanto á la pobreza, no la temais, tengo todavía mis brazos útiles. Huyamos desde mañana: la mar es libre para todos: huyamos, iremos á donde querais.

—¿Y puedo partir con vos, Langlois? Eso seria aumentar las sospechas y dar pábulo á mi deshonra. Además, mi fuga seria un triunfo completo para el doctor, cuando con una sola palabra podemos confundirle y anonadarle, sabiendo, como sé, quién es el asesino del comodoro.

—¡Lo sabeis vos tambien! exclamó Langlois con acento de sorpresa y de alegría.

—El mismo me lo ha dado á entender demasiado, pues me ha dicho que tiene en su poder los papeles de la donacion de sir Southwel, y se ha atrevido á proponerme la participacion de los bienes que esa donacion me asegura.

—¿Con que era él! ¡Con que no me habia equivocado! ¡Oh! ¡me vengaré! Mañana mismo, señora, ese hombre os devolverá esos papeles. Os doy mi palabra que mañana los tendreis en vuestro poder.

—¿Qué vais á hacer?

—Vengarnos. ¿No somos ambos los mártires resignados de ese hombre? ¡Ah! ¡Dios es justo y permite que haya caido en nuestras manos!

—Ahora mismo, cuando le visteis huir, llevaba consigo ese documento, que quiere convertir en arma de mi miseria. Pero no será así, ¡oh! no debe ser. Teneis razon, Langlois, en apelar á ese Dios, que en su tardía justicia castiga al malo que se burla de él; él mismo acude en este momento á nuestro socorro, amigo mio; si, continuó dirigiendo al bañero una mirada de indecible ternura, si, mi ruina, mi desgracia, todo lo bendigo, Langlois, puesto que me deja libre de casarme contigo... ¿Lo deseas?

(Se concluirá.)

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

GUIA DEL VIAGERO EN ESPAÑA,

POR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

QUINTA EDICION

CONSIDERABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA.

Un tomo en 8.º marquilla de mas de 500 páginas, edicion muy esmerada, en buen papel, con 20 grabados aparte del testo estampados sobre color, y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, hecho espresamente para acompañar á esta obra.



Se vende á 20 rs. en rústica, 24 encuadernada en tela con planchas de relieve y letras doradas, y 26 á la holandesa fina en Madrid, en el despacho establecido interinamente en la libreria de Monier, Carrera de San Gerónimo núm. 3, y en provincia con 4 rs. de aumento en casa de los corresponsales del establecimiento de Mellado.

El mapa suelto, estampado en papel grueso á propósito para colocarlo en un cuadro, se vende á 8 rs. en Madrid, y 11 en provincia.